

REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO

(REMBRANDT)

He pintado el retorno a la casa del padre.
He querido que el hijo se parezca
a un pordiosero que se arrastra
para pedir limosna.

Lo he pintado
con la ropa rasgada y sin cabello.

Antes de componer el cuadro,
he imaginado al hijo revolcándose
entre sábanas, uvas, leche fresca.
No he querido ocultar que fue dichoso,
que fue feliz besando la piel de las rameras.

Ahora es un cadáver hecho de cera y polvo.
Mientras regresa a casa,
apenas empujado por un falso recuerdo
y una vaga esperanza,
ni siquiera se siente arrepentido.

Pero el padre, un anciano ya sin vista,
pone sobre sus hombros una mano
que delicadamente lo acaricia.
No existe más justicia que esta mano
que se posa en un cuerpo miserable
y lo cubre de lágrimas y besos.

Sólo quise pintar aquella mano:
ella es toda mi fe, no tengo credos.

No espero nada en la otra orilla.

Ni un solo astro se estremece cuando
un puñado de polvo y de lágrimas cierran
el cuerpo en el sepulcro de la noche.
Ni un solo pájaro contiene el canto
que salta por encima de las ramas
hasta alcanzar los pastos, las raíces, la estepa.
El mundo resplandece
en cada gota leve de rocío:
allí tiembla la imagen de sus firmes columnas.

Pero el hombre se marcha y, a su paso,
el canto de un jilguero, la lluvia, los castaños
gritan: “Yo soy el mundo. Llevo sobre mi rostro
las arrugas de mil generaciones”.

Yo digo: ¡amén! Que alcancen tus dominios
los límites del tiempo, que tus alas
reposen sobre el blanco almíbar de los cielos.
Que en mil eternidades gire el mismo
océano de polvo que un instante se alza
para formar la piel de las cerezas,
los pechos, las ciudades encendidas,
la invencible armadura de los escarabajos.

No espero nada en la otra orilla.

Cuando pinté el retorno a la casa del padre,
me imaginé a mí mismo
despreciado y vencido y humillado.
Me imaginé tragando el polvo del camino
mientras la madrugada avanza
como un ave que agita sus alas de ceniza,
y el tacto del olivo quemando mis mejillas.

Fui todo aquello que los hombres odian,
pues yo también dejé la casa de mis padres.

He pintado este cuadro
solo en medio del mundo, de su ceniza amarga,
mientras crece el amor que nada espera
y escucho el respirar de los que duermen.